

Galería Javier López (Madrid)

Xavier Veilhan

SERGIO RUBIRA

Acercarse a visitar una galería en la que hay una exposición de arte actual supone, en la mayoría de las ocasiones, la aproximación a unas obras en las que la multiplicidad de citas obliga a que la autorreferencialidad del arte hacia su propia historia se difumine en la pluralidad del paisaje híbrido en el que nos movemos. Es decir que muchas veces la relación con mundos como el de la publicidad, la moda o el diseño (que no es en absoluto nueva), los guiños autobiográficos, las notas bibliográficas a pie de obra que todos manejamos o pretendemos manejar, los relatos sociológicos o políticos que se fabrican, los deslizamientos ocasionales hacia la literatura y así otro gran número de estrategias, nos fascinan de tal modo que se olvida que uno de los temas fundamentales del arte es el arte mismo. Con esto no se quiere reivindicar una vuelta a la idea de la pureza del arte, seguramente trasnochada, ni tampoco un *revival* místico del arte por el arte, también pasado, sino simplemente indicar que la historia del arte es en sí misma una fuente para las obras de arte; de ahí, la importancia que se da a las fechas, porque se tiende a explicar una obra en función de las previas. Conceptos como el de novedad y originalidad, que tanto gustan, nacen de la comparación, y con qué se compara: siempre con lo cronológicamente anterior. Todavía, a pesar de que el término

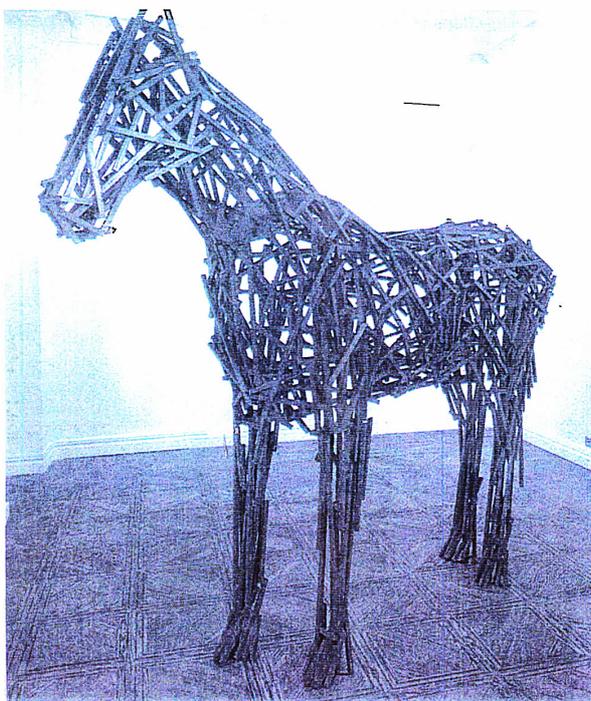
está en crisis, resulta extraño encontrar narraciones horizontales, porque lo que parece seguir importando es el desarrollo vertical de la historia, esto es: el progreso. Esta autorreferencialidad puede ser al mismo tiempo y de forma paradójica una de las causas del carácter endogámico y autoalimenticio del sistema artístico y una de las posibles razones de su universalidad.

El aspecto de la exposición

de Xavier Veilhan (Lyon, 1963) remite, en una primera impresión y también en una segunda, a una pequeña muestra de fotografía y escultura de lo que pedagógicamente hemos dado en llamar vanguardias históricas. Es la revisión de la historia del arte, de sus géneros clásicos y de algunos de sus hitos, uno de los hilos argumentales (o como a él le gustaría llamarlo, elementos modulares) que recorre el trabajo del artista francés desde su comienzo. Veilhan ha desvelado su idea al considerar que su propia obra puede configurarse y explicarse a través de elementos modulares, como puede hacerlo la propia historia del arte. Grupos de módulos que van creando, como si de un mecanismo se tratara, un objeto más

grande, en este caso la escultura de un caballo rojo de casi tres metros de altura. Nunca podría faltar uno de los módulos porque la estructura se desestabilizaría. El arte como una construcción y también su historia. Obviamente el caballo es lo más importante de un retrato ecuestre. Lo más importante para el escultor, claro está. Es el animal, y no el jinete, el que ha marcado la evolución del género: desde Marco Aurelio hasta Leonardo, el objetivo era conseguir que el caballo se sostuviera sobre tres patas y, rizando el rizo, sobre las dos traseras. Pero un caballo de madera, sin alguien que lo monte, puede tener más connotaciones. Connotaciones iconográficas que nos remontan a nuestro pasado greco-latino, ni más ni menos que a Troya y el engaño de Ulises, el astuto. Porque Veilhan es astuto y cuestiona la capacidad de realidad del arte evidenciando sus mentiras. El caballo y el jinete también nos hacen volver a la infancia, a la fantasía y al mundo del juego, porque qué son las esculturas ecuestres sino soldaditos de plomo agigantados.

Una serie de fotografías con efectos de solarización a lo Man Ray completan el recorrido por nuestro gabinete de vanguardias. Pequeños bodegones modificados artesanalmente, o eso deberíamos creer. ¿Es posible mantener una factura manual en un medio propicio a las intervenciones digitales?, puede ser una de las preguntas. De nuevo el metalenguaje artístico se convierte en el protagonista de su obra. Una vez más se refiere a la Historia del arte, pero también a su propia historia, porque todos los objetos que aparecen en estas vánitas contemporáneas han aparecido antes en su producción. ■



Xavier Veilhan, "Le cheval" (El caballo), 2002, madera, 248 x 280 x 86 cm. Foto: Javier Campano.